

Dos poemas Fuensanta Martín Quero

GUERNICA

(Museo Reina Sofía)

FUENSANTA MARTÍN QUERO

*“no
veo más que sangre,
siempre
sangre,
sobre Europa no hay más que
sangre.”*

(*Crecida*. Blas de Otero)

Sorprende repentina la amplitud en los ojos
de una plural herida sin sangre dibujada,
hacia arriba las bocas exhalan sus espinas,
los cardos de la muerte revolviendo los cuerpos
desde el oscuro suelo al aire inexistente.

Hay un estruendo inmerso en las formas y aristas
invadiendo la sala y sus grises silencios,
una sorda estampida sin huida posible,
un grito traspasando la opacidad del lienzo,
un crujido de manos abiertas a la nada.

En los brazos deshechos la vida derramada
se acuna y se retiene inútilmente
como a una flor tronchada por el tallo,
en tanto adquiere forma de gran interrogante
el gemido incisivo de una madre.

El espanto relincha y aturde la existencia,
un fuego gris crepita el horror atrapado,
e indolente la luz inesperada
la oscuridad sorprende y atosiga
en un caos de piernas y de brazos abiertos
como cruces clavadas en la noche profunda.

(De *Las esquinas*)

POEMAS DE ROMA**III****FORO ROMANO**

Final del verano.
Sobre las copas de los árboles dormidos
la suave lengua amorosa de la tarde.
Un cielo nítido extendía
la amplitud iridiscente
con su tenue capa abierta.

Los pájaros trazaban rectilíneas rutas
surcando la levedad de una brisa
que en nuestra piel terciaba su camino.
La colina se abría a nuestro paso
ofreciendo la claridad sin trabas
mientras el sueño de las sombras macilentas
confeccionaba mundos alejados,
distantes, ocultos en el contorno
ingenuo de las felices ramas.

Sobre un campo de petunias lilas
el pino solitario, único, incólume,
exultante de años y de gloria,
contemplaba el verdor y la tierra.

Amplias calzadas inmarcesibles
recogían el candor de la piedra,
el efluvio de sus venas congeladas
donde el dolor o la risa inocularon su esencia.
Un paisaje decrepito y excelso apareció de pronto,
la ciudad cuya vida evaporada
dejó solo el esqueleto desmembrado de sus huesos.

Sobre la Vía Sacra caminamos absortos,
embebecidos de piedras y de siglos.
Generales victoriosos de batallas sangrientas
rozaron nuestros brazos
desde sus crines altivas,
y un reflujó de cuerpos prisioneros
removieron el aire de la tarde.

Dos poemas Fuensanta Martín Quero

Junto al templo de Julio César
 sacerdotes y patricios hablaban entre sí
 envueltos en sus túnicas y en sus auras.

Emergida de la piedra, la piedra misma
 en fastuosas columnas erigida
 de templos y de arcos, de plazas y calzadas,
 de miradas perdidas por los siglos,
 de aire a pedazos por el suelo.

Todo es piedra.
 Imperecedera fuente
 marmórea y gris
 que todo lo aglutina.
 Piedra en los ojos y en el mundo piedra,
 piedra en el puño arrojado desde arriba,
 piedra en la angustia de cuerpos subyugados,
 piedra en las manos del que humilla y arrebató,
 piedra en el corazón y en las vísceras,
 piedra en la ignominia y en la mentira,
 piedra en la turbiedad de la mente,
 piedra en la piedra hecha ceniza, hecha piedra,
 piedra en el vendaval del tiempo...
 Piedra.
 Piedra en el aire de la tarde
 junto al remanso breve
 de un campo de petunias lilas.

(De *Las esquinas*)